

El visir Ali-Bajá apoyó á Bajazet, refiriendo en el consejo un oráculo, que habia recibido, durante la noche, del libro que encierra lo pasado, lo presente y lo futuro.

« En mi ansiedad, he abierto el Coran, dijo el jóven visir; lo he abierto al acaso, y mis ojos se han fijado en este versículo: *¡O profeta! ¡pelea contra los infieles y los idólatras!* Esta era una orden para que no se contaran los enemigos, sino para atacarlos donde los encontráramos. He abierto el libro por otra parte, y he leído este otro versículo: *¿qué temes tú? ¡Muchas veces un ejército innumerable es vencido por un puñado de intrépidos guerreros!* »

Este oráculo de la casualidad, familiar entre los musulmanes, como lo era entre los cristianos que buscaban su salvacion en el Evangelio, conmovió al sultan. El anciano Timurtasch acabó de convencerlo demostrando el peligro que aquellos animales irritados podian hacer correr á los otomanos si llegaban á desbandarse con el dolor de los dardos que recibieran, á volverse contra el ejército, á romper las líneas de la infantería y la formacion de la caballería, y á dar de aquel modo la señal y el aspecto de una derrota. El dia se pasó deliberando, en tanto que las tropas preparaban sus armas y tomaban posiciones para el dia siguiente.

Al ponerse el sol, un viento fuerte de Occidente, que llevaba torbellinos de polvo al rostro de los turcos, inquietó al sultan. Temió que sus soldados y sus caballos cegaran durante la batalla. Pasó una parte de la noche en oracion, dentro de su tienda, convencido de que del próximo dia iba á depender la conquista ó la pérdida de Europa para sus descendientes. Pidió con fervor al cielo la muerte en la batalla, vencedor y mártir de su fé.

« Bastante gloria he alcanzado en la tierra, dijo, « no me queda otra cosa que desear sino la felicidad « eterna de los elegidos que mueren por la causa del « profeta; que ella sea el premio de mi sangre. » Después de la oracion se quedó dormido. Al despertarse, vió que una lluvia nocturna habia acallado el viento; el sol heria á través de una bruma trasparente, las blancas paredes de los pueblecillos cristianos, situados en las faldas de los montes de la Albania.

XXX

Lázaro, kral de los servios; Twarko, rey de los bosniacos, y Juan Castriot, caudillo de los albaneses,

y padre del héroe Scanderberg, creyéndose seguros de la victoria por el número y las posiciones que ocupaban, habían formado sus tropas ántes de la aurora en forma de semicírculo para envolver á los turcos despues de rechazar su impotente embestida. Tanta confianza les inspiraba su superioridad, que habían diferido el ataque para cuando llegara el dia, temiendo que la oscuridad favoreciese la fuga de los otomanos.

Causóles asombro al principio el ver al mismo sultan lanzarse al asalto de sus atrincheramientos á la cabeza del centro de su ejército. Sus cuerpos avanzados se cerraron entónces como dos alas inmensas para envolver los flancos al mismo tiempo que lo recibían de frente. Amurat desapareció un instante en medio de la pelea. Su hijo Yacub acudió á socorrer á su padre con el ala izquierda, flaqueó bajo la masa de los cristianos, y descubrió al replegarse el centro de los turcos. Bajazet, inmóvil hasta entónces, atravesó llevando su caballería al galope la llanura, ocupada por la caballería albanesa, que había cargado á Yacub rodeando á su padre.

« Estaba armado, dice el historiador, testigo ocular que peleaba á su lado, « estaba armado con su « pesada maza de armas, que blandía como un martillo en su mano, rompiendo los cascotes con sus

« golpes. Animados los otomanos por su denuedo, « hienden la confusa multitud de sus enemigos para « volar al socorro de Yacub y de su sultan. Las hojas « de sus sables, brillantes como el diamante, se ponían rojas como el jacinto. »

Viendo aquello Yacub, contuvo la retirada de sus fuerzas, empuja hácia el rio y las montañas á los serbios y los albaneses, que lo habían envuelto un instante; Bajazet, que puede entónces caer á su vez sobre los húngaros del ala izquierda de los cristianos, imprime á su tropa la rapidez de su carrera, vuelve á atravesar el campo de batalla, y precipita á su caballería en el rio, para ir á desordenar las filas de los montañeses. Sus spahis llenan los barrancos de cadáveres, destrozan la infantería apoyada en la falda del monte, acuden á la voz de Bajazet al centro en donde combatía el sultan, derrotan aquel cuerpo escogido de cristianos, cubren de muertos las márgenes del rio, cortan la retirada á los montañeses, sacrifican todo lo que resiste y envían como rebaños á través de la llanura muchedumbre de prisioneros, impedidos hácia el campamento, para ser vendidos como esclavos despues de la victoria.

Un grito de terror sale á este aspecto de todos los pueblos de la montaña; los habitantes huyen á los bosques dejando entregados á las llamas sus hogares.

Seguro de cogerlos Amurat, no los persigue; abraza á su hijo y da gracias á Alá al ver aquel espacio que cubrían tres naciones por la mañana, y en el que no ve por la tarde un solo enemigo. Él habia buscado la muerte de los mártires en la primera fila de sus genízaros, y solo habia encontrado la victoria. Debíala principalmente á Bajazet, al hijo en quien se reflejaba mejor su alma, y con quien debia prolongarse su reinado después de su muerte. Él representaba la altivez de sus armas, el zelo de su fé, la conservacion gloriosa de la casa de su padre. En aquella noche de la mas feliz jornada de su vida, recorrió despacio el campo de batalla para contar los turbantes y los cascos de que estaba sembrado, y para calcular por el número de los muertos la grandeza de la pelea y de la fortuna. Sentóse sobre una alfombra en la tienda que sus criados acababan de erigir á las orillas del rio, despues de haber lavado la sangre y precipitado en la corriente los cadáveres de los húngaros tendidos en la yerba. De vez en cuando le traian partidas de cautivos que imploraban y que recibian la vida ó la libertad. Toda su cólera se habia acabado con la batalla; no aspiraba á despoblar sino á someter á los vencidos. Apreciaba en ellos el valor que sentia en su propia raza; solo despreciaba á los griegos, á quienes consideraba sin patria desde que

habian perdido el valor de sus antepasados. El heroísmo de su pueblo le parecia reconcentrado en sus montañas. Corazones libres, brazos fuertes las defendian al ménos y daban gloria á los vencedores.

XXXI

Con efecto, los sérvios no eran ménos intrépidos que los turcos. No habian cedido á Amurat sino muriendo á sus piés en el campo de batalla. Su número entre los muertos atestiguaba que ninguno habia huido. Solo los heridos, revolcados en su sangre, imploraban una muerte pronta ántes que deber la vida á sus vencedores. Este pueblo tenia un corazon rebelde que podia ser despedazado, como el corazon de los robles de sus bosques, pero no ser doblegado. Aquel dia iba á dárselo á conocer á Amurat. Todo lo habia vencido, excepto el patriotismo de un servio herido que los spahis le trajeron á su tienda.

Los servios eran gobernados, como los turcomanos de Asia, por reyes ó kral, especie de nobles jefes de

clanes ó pueblos, vasallos mas ó ménos sometidos á los jefes de la nacion. Las facciones, como sucede siempre en estas aristocracias independientes, desgarraban á menudo el país con sus disensiones. El rey se veia obligado á formar para sí un partido entre los partidos, y á equilibrar la autoridad de unos vasallos con la autoridad de los otros. Lázaro, el rey ó kral de Servia en el reinado de Amurat, habia dado dos de sus hijas por esposas á dos jefes de las principales facciones del país, el uno llamado Milosch, cuyos descendientes han gobernado aun en nuestros dias la Servia, el otro, Brankowich. Estas dos casas rivales se odiaban con ese aborrecimiento tenaz que se perpetúa en las montañas, en donde los sentimientos se transmiten mas constantemente que en la llanura. Aunque hermanas, las dos mujeres habian aceptado la rivalidad de las dos casas en que habian entrado. Su cólera salvaje agitaba el palacio de Lázaro. El patriotismo y el orgullo daban ocasion á las disputas de las dos hermanas. La una, Wukaschawa, esposa de Brankowich, acusaba al marido de su hermana de cobardía en la guerra y de vender á los turcos con avisos secretos la independenciam de su patria. La otra, llamada Mara, esposa de Milosch, se indignaba con aquellas calumnias, y defendia el honor y el valor superior de su marido comparado con el de

Brankowich. En una de estas animosidades femeninas, Mara, irritada con las calumnias de Wukaschawa contra su marido, dió un bofetón á su hermana.

Los servios bárbaros creyeron que aquella injuria debia ser lavada con la sangre de los maridos. Brankowich pidió una satisfaccion á su cuñado. El rey permitió el combate. Los dos hermanos pelearon á caballo á la vista de su padre y de sus mujeres. Brankowich cayó del caballo á los golpes de la espada de Milosch. Enemigo generoso, le perdonó la vida. Pero no fué esto bastante para colmar el ódio que habia envenenado la vergüenza del vencimiento. Sentado á la mesa del rey, en presencia de todos los nobles, la víspera de la batalla de Cossova, acusó en voz alta á su cuñado de vender la patria manteniendo correspondencia secreta con Amurat. « Responde, » dijeron el rey y los nobles que sospechaban de Milosch. — « Mañana responderé, » dijo este. Fuese indignacion, fuese remordimiento, el jóven acusado tomó una resolucion que debia absolver su memoria, ó inmortalizar su inocencia. « ¡Bebe á mi salud » esta copa llena, le dijo Lázaro, si estás inocente « del crimen que te imputan! — Venga la copa, » respondió Milosch, al salir el sol te probaré mi « fidelidad. »

XXXII

Al dia siguiente Milosch, montado en un caballo indómito, se batió como un héroe, mientras hubo un peloton de servios en el llano. Fué herido en la pelea, pero la pérdida de su sangre no amenguó su valor. Despues de la batalla, se acercó al rio, lo pasó á nado, ató su caballo al tronco de un encino, justo á la orilla, y acercándose como un transfuga á la tienda de Amurat, pidió que se le permitiera besar al polvo de los piés del sultan. Orgulloso con la sumision de un yerno del kral, el sultan hizo descorrer la cortina de su tienda y ordenó que introdujeran á su presencia al servio herido. Los tschauschs ó guardias del sultan obedecen. Milosch se prosterna sobre la alfombra de la tienda, coge con una mano el pié de Amurat, como para acercarlo á sus labios, atrae hácia sí al sultan, y con la mano derecha, cogiendo un puñal oculto bajo su túnica, hunde su hoja en el cuerpo de Amurat.

Este grita, y los tschauschs se precipitan sobre el asesino. Milosch se levanta, blande el acero, tiende á

sus piés á ocho guardias, sale de la tienda, llega adonde está su caballo, lo monta y vuelve á la orilla opuesta, cuando la caballería de Bajazet, se arroja al rio en su persecucion, lo alcanza junto á su mujer, y lo sacrifica en holocausto de la sangre de Amurat.

La llanura de Cosova está marcada con tres piedras colocadas á cien pasos de distancia; la una indica la tienda en donde Milosch hirió de muerte al sultan, las otras dos el sitio donde estuvo á punto de salvarse y el borde del rio donde cayó de su caballo, muerto por los genizaros de Bajazet. La escena es siniestra como el crimen y la venganza. La sombra de las montañas de la Bosnia tiende sobre ella muy temprano un velo fúnebre. La llanura resuena como un sepulcro, en donde los cadáveres de los ejércitos, sepultados y consumidos por el tiempo, han dejado un inmenso vacío bajo el cesped.

XXXIII

Aunque herido mortalmente, y sin mas esperanza que la de la felicidad eterna del mártir, creyendo

vengarse él mismo en el instigador de su muerte, mandó ántes de espirar que mataran á Lázaro, rey de los servios, traído prisionero á su tienda por uno de sus soldados de caballería. Lázaro no supo el asesinato de Amurat hasta que vió al sultan bañado en su sangre ordenando su suplicio. Tarde conoció la fidelidad del patriota servio que habia sacrificado su vida, y hasta su honor, para justificarse por siempre ante los suyos.

« ¡ Gran Dios! exclamó Lázaro entregándose á sus
« ejecutores y juntando las manos como en accion de
« gracias; ¡ gran Dios! ¡ Tú puedes llamarme ya á tí,
« puesto que has permitido ver morir al enemigo de
« mi religion, de mi pueblo, y de mi familia á ma-
« nos de un guerrero de quien se sospechaba injus-
« tamente! »

Su cabeza rodó á la puerta de la tienda del sultan con las cabezas de todos sus parientes y de todos los nobles cogidos con él en su fuga. La venganza hacia implacables á los hijos de Amurat. El luto cubrió á vencedores y vencidos. Los dos soberanos, muertos al mismo tiempo en aquel campo de batalla tan sangriento, dejaban, el uno, á los vencidos sin esperanza; el otro, á los vencedores sin regocijo. El llano de Cossova no vió en tres dias mas que funerales. La valla de la Europa occidental habia caído con Lá-

zaro: pero los otomanos no tenian un sultan que realizara en las costas del Adriático y las márgenes del Danubio el pensamiento de Amurat, interrumpido en medio de su camino. El sacrificio de Milosch habia hecho ganar tiempo á su desventurada patria. Su nombre fué entre los servios lo que el de Judit entre los hebreos, y el de Harmodio entre los griegos. Su familia, ilustrada por este acto heroico ó criminal, segun se considere como muerte patriótica en el campo de batalla, ó un asesinato desleal, se popularizó en aquellas montañas, y se confundió en los dias lejanos del pasado en las poesías nacionales, el patriotismo de los antiguos y con la salvacion de la patria. Ella ofrece á estas horas á la Servia, mas bien vasalla que sometida, los grandes ciudadanos y los grandes agitadores que se apoyan unas veces en los turcos, otras en los rusos, para afianzar su ascendiente sobre sus compatriotas. Cinco siglos no han resuelto todavía el problema de la servidumbre ó de la independenciam de los servios, igual y constantemente amenazados por los dos imperios de Constantinopla y de Petersburgo, que tal vez verán desplomarse al pié de sus bosques, conservando ellos la eterna juventud y la incontrastable solidez de sus montañas.